

JÁUREGUI

◆ Quizá el Presidente tendrá más recursos, pero rompió lazos con el pueblo y con el empresariado.

Interlocución disuelta

MANUEL J. JÁUREGUI

El nutrido abucheo que recibió el Presidente Calderón en la inauguración del nuevo estadio del Santos en la región lagunera el miércoles por la noche da cuenta de la enorme tacha que el pueblo le ha puesto como respuesta a su reforma hacendaria.

No pasa inadvertida para la sociedad la incapacidad de la administración calderonista para ponerle un freno al GASTO gubernamental y la facilidad con la que decidió —una vez más— recargarse en un pueblo sacudido por la recesión con una carga impositiva mayor, considerada injusta y desproporcionada.

Es evidente, creemos, que el lazo de buena voluntad que existió alguna vez entre la ciudadanía y el panista Presidente se reventó con esta decepción.

No menos grave es otro lazo disuelto que ha quedado en evidencia: el que alguna vez existió entre el panismo calderonista y el gran sector empresarial mexicano.

Ha sido costumbre, y lo es porque la apoyan razones de peso, que el sector empresarial forme parte de las discusiones previas a la promoción de nuevas leyes fiscales, sobre todo las que rigen la contabilidad corporativa de las empresas.

Tal es el caso de la consolidación y los efectos RETROACTIVOS del nuevo

esquema para liquidar el ISR diferido.

Hay LEGÍTIMOS intereses empresariales que todo gobierno debe tomar en cuenta, pero, además, el diálogo enriquece las propuestas, les da contexto y, cuando se realizan negociaciones fructíferas, evita efectos nocivos secundarios que puedan afectar la inversión e impactar negativamente la creación de empleos.

Por lo general, los empresarios no buscan evitar pagar impuestos —como hacen creer quienes los satanizan—, por el contrario, sus comentarios constructivos pretenden contribuir a hallar la forma de cumplir las obligaciones fiscales impactando lo menos posible el dinamismo de la economía interna y sin afectar la planta de empleos.

Esta explicación párrafos arriba da cuenta de cómo ERAN ANTES las relaciones entre el sector empresarial y el Gobierno.

Tristemente, en esta última discusión del alza de impuestos NO FUE ASÍ: el sector empresarial nacional fue marginado de las consultas previas, no se le tomó en cuenta en forma institucional ni se le hizo caso.

Lo que hubo fue una serie de esfuerzos individualistas por parte de cada actor parcial del proceso en el que ambas partes, Gobierno y empresarios, se vieron mal.

El Dr. Carstens hablaba con un grupo sobre un impuesto en especial, por ejemplo, el aplicable a los ciga-

ros, o a la cerveza; Javier Lozano hablaba con ex colegas y amigos sobre una parte del proyecto, pero no con el fin de consultar, sino pidiendo apoyo irrestricto al Presidente; la señora Vázquez Mota, por su parte, abusando de su relación con un gargantón, le pedía que le organizara una comida de cuya sobremesa no salía nada

productivo, ya que atañía solamente a una empresa y desde una perspectiva muy particular.

En el sector gobierno no hubo voluntad para escuchar y en el sector empresarial no hubo UNIDAD ni una defensa estructurada de los PRINCIPIOS empresariales que atañen a toda actividad creadora de riqueza y de empleos, sino un cabildeo disperso defendiendo INTERESES de cada sector.

El resultado está a la vista: una ley (la de la consolidación) a todas luces INCONSTITUCIONAL —por sus efectos retroactivos— que seguramente dará pie a muchos amparos y, en consecuencia, tensará más una relación importante que, debiendo ser constructiva y cordial, se ha tornado ríspida y de DESCONFIANZA.

En suma: Calderón ganará más ingresos con sus alzas de impuestos, pero perdió totalmente a su clientela en un esquema de interlocución disuelta.

Ello motiva la pregunta: ¿Qué le queda, entonces?

